Enrique Monroy

Cosas comunes

Colección En voz alta

La última noche que me encontré con los ojos de Tabita fue una tarde de octubre, crucé algunas palabras con ella y con su esposo Ismael. Fueron mientras Janeth y yo nos despedíamos de ellos. Durante el trayecto de regreso a casa, le comenté a Janeth –quien es una persona demasiado relajada cuando se habla de otras mujeres– que Tabita me parecía una mujer *peculiar*. Ella comprendió de inmediato a que me refería, sobre todo cuando utilizo la palabra peculiar en una mujer que me agrada. Janeth asintió y agregó que también le parecía inusual, que le conocía desde pequeña pero que no la conocía en absoluto. Después agregó que Ismael apareció de improviso en la vida de Tabita y terminaron casándose, boda a la que fuimos invitados pero a la que sólo Janeth asistió porque soy un poco renuente a las fiestas en donde la alegría se desborda a caudales.

A Tabita no la ví más sino hasta finales de diciembre. Una noche me encontraba en el centro de la ciudad comprando regalos en la librería Ghandi, pensando en los asuntos de navidad, en las fiestas que tendría que sortear con mi nueva familia. Todas esas festividades que antes me había perdido por cuestiones de soledad familiar, ahora la tenía a manos llenas. Pensaba también que me encontraría con Tabita por casualidad en alguna de esas fiestas, envuelta en colores rojos y verdes, con la nariz y los carrillos rojos por el frió. La recordé justo después de cruzar Eje Central. Caminé hacia el Sanborns de los azulejos para cubrirme de la lluvia que comenzaba a caer. Sacudí mi chaqueta y caminé hasta los baños para después pedir una mesa y sentarme a leer *La Tempestad*. Cuando alcé la mirada para llamar a la mesera, observé que a dos mesas se encontraba Tabita con un tipo al que no le presté atención. Mientras Tabita disfrutaba de su velada, pedí un café americano con un pastel de chocolate. Por primera vez la veía sonreír con elocuencia, de una manera natural. Llevaba un abrigo de lana gris y una blusa color crema muy linda que tenía los primeros cuatro botones desabrochados. El cabello lo llevaba sostenido a media cola. Algunas hebras caían con gracia en su rostro, pero se encontraban aliñadas de tal manera que pude ver sus orejas adornadas por dos zarcillos pequeños de color púrpura. Llamé a la mesera y le pedí un

segundo americano.

Entonces pensé en Adriana. No sé por qué me vino a la mente en aquel momento, pero recordé que debía llamarle después de haberme encontrado con ella en Indios Verdes un día antes. Juré marcarle, pero no lo había hecho porque Janeth no me lo perdonaría. Aquella tarde, Adriana me apuntó su número telefónico en un pedacito de papel muy mono, hasta dibujó un corazón con tinta rosa y me puso su nombre, *Adriana*, en letra cursiva muy legible y elegante. Entonces decidí llamarle. Tomé el móvil, y mientras a Tabita le acariciaban el cuello y las manos, marqué el número de Adriana. Me contestó con una risa traviesa. Le pregunté como estaba y me respondió con magnífico ánimo que se encontraba de lo mejor. Esa es una de las ventajas de ser adolescente, que uno siempre está de ánimo para responder el teléfono. Se encontraba con alguien más, pero no me importó. Siempre me ha gustado en una mujer esa libertad con la que se desenvuelven cuando están con los hombres. Esa misma actitud con la que Tabita se desenvolvía aquella noche. No recuerdo cuanto hablé con Adriana, ni que cosas le dije, creo que la llamada fue corta, pero logré una cita para verla el viernes por la noche. Lo confirmó con una risa apenas perceptible, con un silencio corto, marcado. Un silencio en medio de toda aquella algarabía. Un silencio que me supo a entrega. Imaginé a Adriana pasándose el pelo detrás de la oreja, alejándose de los demás, regalándome un momento de sobriedad. Su voz mutó de juvenil al de una mujer madura, y justo cuando se tornaba melosa y aterciopelada, tuve que cortar la llamada porque Tabita pedía la cuenta. Comí deprisa los dos pedazos de pastel que faltaban y llamé a la mesera.

Los seguí hasta la entrada del restaurante. La lluvia continuaba, lenta. Aquel individuo alto y con aspecto severo abrazó a Tabita, y después de mirar el cielo oscuro y cerrado por un momento, salieron y caminaron hacia Donceles. Cerré mi abrigo. Tabita se recargó en el hombro de su amante y reían como viejos conocidos. De vez en cuando, Tabita le daba manazos al hombre y reía con él. Trataba de imaginar lo que se decían, pero me resultaba imposible. Pensé de inmediato en las cosas que le decía a Erika cuando la tenía a mi lado, y conjeturé que así se hablaban todos los amantes. Pero en realidad, no estaba seguro. No estaba seguro de hablarle a Adriana de la misma manera que lo hacía con Erika.

Entraron a un hotel. Dude en seguirlos, pero mi curiosidad pudo más, así que esperé un momento, me dirigí a la administración y pedí una

habitación. Miré al empleado y le comenté que deseaba un cuarto a un lado de la pareja que acaba de entrar. Dijo de inmediato que no se podía, "políticas del hotel", agregó. Le enseñé un billete de doscientos y con una expresión de fingida molestia, me dio una llave y me dijo que no hiciera "desmadres". Asenté. Comencé a pensar y también comencé a tratar de no hacerlo. Algo me decía que me fuera a casa, pero pensé que si Tabita estaba en ese lugar, entonces debía quedarme para conocerle más.

Busqué mi habitación por cada uno de aquellos pasillos lúgubres. Al encontrarla, abrí la puerta de madera vieja y encendí la luz verdosa de la habitación. El aroma a cloro del baño llamó mi atención, y el de cigarro me hizo buscar entre mi abrigo mi cajetilla de ovalados. Coloqué mi ropa sobre un tocador desgastado y me quité de inmediato los zapatos. Es una costumbre que tengo siempre que llego a casa. Me desabotoné la camisa y arremangué los puños. En silencio y con la penumbra a mi alrededor, me concentré para escuchar en que habitación se encontraba Tabita. Me dirigí a la ventana y abrí las cortinas. No tarde mucho para suponer que la habitación de aquellos dos amantes perfectos se encontraba frente a la mía. Apagué la luz y me dediqué a observarlos.

Tabita caminó por la habitación mientras se quitaba los aretes. Fue al baño y salió casi de inmediato, colocó sus pertenencias en el closet y se dirigió al tocador. Se miraba al espejo mientras su amante la observaba por detrás, sentado, con sus manos recargadas sobre la cama. La veía mientras se soltaba el cabello largo y desenganchaba los botones restantes de su blusa. Entonces el hombre fue hasta ella y la tomó por la cintura, besándole el cuello y diciéndole cosas que todos tal vez le diríamos: que estábamos ahí para ella, que deseábamos robarle cada bocanada de aliento que emanara de sus labios suaves y pequeños; que podríamos seguirle hasta el fin de la tierra; que podríamos amarle hasta que nuestro última respiración nos mantuviera con el ánimo suficiente para decirle que la amamos. Le diríamos eso y más. Después, solamente nos dedicaríamos a tenerla sobre nosotros o debajo, mirándole despierta o dormida.

Horas después me encontraba sentado en el piso, sobre una alfombra violeta, sucia y quemada por cenizas de docenas de cigarros. Mi espalda y mi cabeza se encontraban contra la pared. Tabita y su amante habían apagado las luces y

cerrado un poco las cortinas. Ahora sólo podía escucharla expresándose en un lenguaje universal. Podía percibir cada sonido que generaban sus cuerpos al chocar, cada conversación entrecortada que tenían, cada que Tabita se hacia más desconocida para mí.

Tomé el teléfono y marqué a recepción. Le dije al encargado que me consiguiera a una chica. "Una mujer joven, de buen ver", agregué. Después de diez minutos, un par de golpecitos sonaron en la puerta. Abrí y me encontré a una mujer rozagante, cansada y fumando un cigarrillo Marlboro. "Hola güero", me dijo mirándome punzante, "¿me llamaste?", preguntó recargando su mano izquierda sobre el marco de la puerta. La miré con detenimiento. Llevaba un vestido rojo corto de satén, ajustado a su cuerpo, y sus cabellos eran del color del coñac. Le dije que pasara adentro y se pusiera cómoda. Se recargó sobre el tocador y me preguntó si no deseaba prender la luz. Le dije que me gustaba hacerlo a oscuras, pero no era cierto, era que no deseaba verle a la cara.

Después de besarla durante largo tiempo, subirle el vestido hasta la cintura y sentir su piel imperfecta, su voz se hizo melosa y me dijo cosas que no pensé una mujer como ella me diría, cosas que escucho seguido en amigas, en mujeres tan tiernas como Janeth. No le hice mucho caso, sólo la seguí besando hasta que me bajé la bragueta y la senté en el tocador con las piernas abiertas. La miré al tiempo en que sus ojos se cerraban lento y pasaba sus manos por mi cuello. Le dije que abriera sus ojos mientras al otro lado de la habitación, aún podía escuchar la respiración lenta de Tabita mientras el cuerpo de su amante colisionaba con su abdomen.

-¿Puedo llamarte Tabita? – le dije.

-Puedes llamarme como quieras.

2009

Nota: este cuento fue leído a voz alta en la *3a. Jornada Literaria*, que la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Cuautepec, organizó el 27 de octubre de 2009.

EMB
Enrique Monroy Biblioteca

4a digitalización, noviembre 2013.

